

A. LA AUTORIDAD DE JESUS

Ante LO que hacía y decía Jesús y en presencia de su persona, la gente no podía quedarse indiferente. Desde sus parientes y amigos hasta las autoridades civiles y religiosas, todos llegaban tarde o temprano a preguntarse: “¿Quién es ese hombre?” No era sólo para saber: la respuesta de cada uno era una toma de posición en pro o en contra de Él, una decisión que comprometía el momento presente y el futuro.

LO QUE JESUS NO QUISO HACER

Como lo hemos visto en el capítulo anterior, la gente tuvo que cuestionarse ante los milagros de Jesús. Cabe recordar sin embargo que éstos no eran ninguna novedad para los judíos. Ellos conocían bien el Antiguo Testamento, que está lleno de hazañas impresionantes, tales como los prodigios que acompañaron el éxodo, la toma de Jericó y la conquista de la tierra prometida. Comparados con las plagas de Egipto, el paso del Mar Rojo o la parada del sol con Josué, los milagros de Jesús debían aparecer como **cosas muy sencillas**: curar cierto número de enfermos, expulsar algunos demonios. Así se pueden comprender ciertas reacciones que pueden extrañarnos.

- Por ejemplo después de la multiplicación de los panes, la gente dijo: “¿Qué señal vas a realizar ahora para que creamos en ti? Nuestros padres comieron el maná en el desierto” (Jn 6, 30s). Es como si dijeran: “Nos has regalado el pan sólo para el día de hoy, no es mucho... Moisés lo hizo durante cuarenta años; has tú lo mismo y creeremos en ti!” (Volveremos a este episodio en el capítulo 1 de la unidad 6).
- En otra oportunidad los escribas y los fariseos le exigieron un prodigio grandioso en el cielo (Lc 11, 16), tal vez algo parecido al milagro de Josué parando el sol, de todo modo algo superior a sus milagros habituales. Pero Jesús contestó: “A esta gente malvada no se le dará otra señal más que la de Jonás” (v. 29), es decir la señal de su propia resurrección después de pasar tres días muerto en el seno de la tierra.

UN PODER PERSONAL PARA ACTUAR

La grandeza de los milagros de Jesús hay que buscarla más bien en **su manera de hacerlos**. Es lo que otras comparaciones con el Antiguo Testamento hacen resaltar.

- En los prodigios del Éxodo, Moisés se limitaba a anunciar que Dios mandaría tal o cual plaga y a ejecutar las órdenes de Yavé. los milagros eran de Dios. En cambio Jesús actuaba por **su propio poder**, los milagros eran de Él, ya que sacaba de sí mismo la capacidad para hacerlos (Lc 8, 46), y al mismo tiempo eran de Dios (Juan 8, 28; 10, 37-38).

- Elías y Eliseo también hicieron milagros. Se les atribuye resurrecciones de muertos; pero las lograron con grandes esfuerzos, practicando la respiración artificial y, sobre todo, a raíz de muchas oraciones (1 Reyes 17; 2 Reyes 4). Jesús en cambio lo hizo con la sola fuerza de su palabra: “Muchacha, levántate; Lázaro, sal fuera!” (Mc 5, 41; Jn 11, 43).

Así que no era el hecho material sino **la autoridad de Jesús** la que llamaba la atención cuando obraba milagros. De ahí el comentario de la gente: “Manda a los espíritus malos y le obedecen” (Mc 1, 27). Los mismos apóstoles decían: “¿Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?” (Mc 4, 41; lea C 96). Pero la mejor percepción la tuvo el oficial romano que pidió la intervención de Jesús en favor de su hijo o siervo enfermo: “Mándalo de palabra y el muchacho sanará; porque yo mismo, aunque soy un subalterno, tengo autoridad sobre mis soldados...” (Mt 8, 5-10; Lc 7, 2-9). El hombre razonaba así: “Si yo, que soy un oficial, puedo dar órdenes, es porque obedezco a mis superiores. Así también Jesús: si tiene autoridad, es que la recibió de arriba” (Lea Juan 8, 28). Esta conclusión acertada estaba al alcance de todos, pero pocos la sacaron. Por eso Jesús admiró tanto la fe de aquel extranjero (Mt 8, 10)

AUTORIDAD PARA HABLAR

Una igual autoridad demostró Jesús **al hablar**. Ya desde el principio la gente se preguntaba en la sinagoga de Cafarnaúm: “¿Qué es esto? Una doctrina nueva, expuesta con autoridad!” (Mc 1, 27)

ESPERIENCIA DE DIOS: Jesús llamaba la atención no por decir cosas extraordinarias, sino por su **manera personal de hablar de Dios y de su Reino**. A Yavé le decía cariñosamente “Abba”, es decir “Papá”, siendo el primero en hablar así. En las Bienaventuranzas, en el “Padre Nuestro”, **en todo lo que decía de Dios se sentía algo nuevo y único:** tenía experiencia de Dios, lo conocía íntimamente, sacaba de sí mismo lo que decía, y cada cual se daba cuenta o podía darse cuenta de que allí estaba la verdad, la respuesta a lo que uno busca en los momentos más sinceros de la vida. Nosotros creemos a Cristo cuando dice de sí mismo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Juan 14, 6; lea C 97).

INTERPRETE DE LA LEY: Jesús no vino a abolir el Antiguo Testamento sino a darle pleno cumplimiento (Mt 5, 17). Sin embargo se colocó a sí mismo por encima de Moisés en varios casos, por ejemplo, en el Sermón de la Montaña (Mt 5, 21-48) y al dar nuevas interpretaciones sobre el sábado (Mc 2, 27), las tradiciones referentes a lo puro e impuro (Mc 7) y el divorcio (Mt 19, 1-9). Y cuando los fariseos estaban por apedrear a la mujer adúltera condenada por la Ley, Jesús hizo prevalecer la misericordia de Dios con una autoridad única (Vea C 98).

PERDONO LOS PECADOS: Jesús llamó la atención más que todo al perdonar los pecados, lo que sólo Dios puede hacer. Nunca antes se había oído voz humana que dijera con autoridad propia: “Tus pecados son perdonados” (Mt 9, 2). Los fariseos sacaban la conclusión de que blasfemaba (v.3), pero el pueblo alababa a Dios por haber dado tal poder **a los hombres** (v.8; Lea Mt 16, 19; Jn 20, 23).

MUY EXIGENTE: Por fin Jesús llamaba la atención por las exigencias que ponía a sus discípulos. Tenían que dejarlo todo para seguirlo, amarlo más que a los padres (Mt 10, 37), confesarlo ante los hombres (v. 32), estar dispuestos a dar testimonio de Él hasta la muerte (v. 28) y, para algunos, renunciar al matrimonio (Mt 19, 10-12). Sin embargo no trataba de presionar ante una negativa: su autoridad respetaba la libertad del otro: “Si quieres... (19, 21-23).

Qué personalidad la de Jesús! (lea B 50). ¿No sería acaso el Hijo de Dios, así como Pedro llegó a creerlo un día de entusiasmo? (Mt 16, 15-17). Pero, en cambio, muchos habían decidido que estaba loco y poseído por un demonio (Mc 3, 21-22). La hora crítica se aproximaba.

B. LECTURAS COMPLEMENTARIAS

50. LA IMAGEN DE JESUS

1. El aspecto externo

Los Evangelios no nos han dejado ninguna descripción del aspecto externo de Jesús. Nosotros debemos conformarnos con suposiciones y conclusiones puesto que no nos ha llegado ningún retrato suyo.

El señor es un verdadero hombre; por lo tanto debía tener los rasgos de su pueblo y especialmente los de su Madre, María.

El color de la piel de los judíos de entonces era moreno, el color de los ojos generalmente castaño, aunque los ojos azules no eran raros. David era pelirrojo, pero, por lo general, el cabello de los judíos era moreno oscuro; lo llevaba largo hasta los hombros, con raya en medio y ungido con aceite fino. La barba y el bigote eran el orgullo de los judíos.

Los ojos y la mirada de Jesús debían ser notables, pues los Evangelios hablan frecuentemente de ellos. Jesús debía tener unos ojos claros y una mirada noble en la que se reflejaba su alma con todas las variaciones de sentimientos. Pero en su mirada debía haber también una gran fuerza y una atrayente majestad (Mt 6, 22; Mc 3,5; 5, 30-32; 10, 21,23; Lc 22, 61-62).

2. Su personalidad

Jesús tiene una gran personalidad, rica y atractiva. Ya desde su primera aparición acude al pueblo desde lejos para escuchar sus palabras. Tan grande es su impresión sobre los hombres, que aquellos a quienes llama le siguen inmediatamente: Marcos 1, 16-20; 2, 14. Siempre que obra un milagro, es poderoso como un rey y llena a los hombres de entusiasmo y admiración: Marcos 2, 10-12; 4, 35-41.

No vino para ser un general, un rey, un inventor o un investigador, pues lo único imprescindible para los hombres es el Reino de Dios y Él era el único que podía predicarlo y traérselo. A su lado, palidecen todas las hazañas de la historia de los hombres. Jesús tiene todavía una importancia mayor; enseñó en su misma persona cómo debe ser el ciudadano del Reino de Dios. Esta dignidad religioso-moral es el núcleo de su personalidad y nadie se le acerca en ello ni de lejos.

Cuanto más leamos el Evangelio, mejor comprenderemos que el alma de Jesús tiene una enorme gama de cualidades y una rica plenitud y que su maravillosa profundidad y armonía no tiene ningún fallo ni ningún aspecto dominante:

- Es soberano y poderoso, pero lava humildemente los pies a sus discípulos.
- Pulveriza la sabionda agudeza de los escribas y fariseos, pero sabe también hablar llanamente al pueblo.
- Tiene una voluntad enérgica y exige de sus discípulos decisiones radicales, pero no apaga la “lucecilla vacilante”.
- Es puro, sin pecado, y persigue al pecado hasta su más recóndito escondite, pero se sienta a la mesa con los pecadores.
- No se aparta de los ricos, pero dirige su amor a los afligidos.
- Amenaza a los incrédulos con un juicio tremendo, y sin embargo llora sobre Jerusalén.

Jesús tiene una personalidad grande e inimitable. Es inexplicable y no se puede comparar con nadie. Los suyos le llamaban “Maestro” e intuían que era más que un hombre y que la grandeza de su ser se fundaba en el misterio de su divinidad. (B. BRUGGEBOES, Jesucristo, pp 59-64)

C. TEXTOS PARA MEDITAR Y REZAR

96. JESUS ACTUA CON AUTORIDAD

Al atardecer de ese mismo día, Jesús dijo a sus discípulos: “Pasemos a la otra orilla”. Ellos despidieron a la gente y lo llevaron así como estaba en la barca. Otras barcas lo acompañaban. Entonces se levantó un gran temporal y las olas se lanzaban contra la barca, que se iba llenando de agua. Mientras tanto, Jesús dormía en la popa, sobre un cojín. Lo despertaron, diciéndole: “Maestro, ¿no te preocupa que nos ahogemos?”

El despertó, se encaró el viento y dijo al mar: “Cállate, cálmate!” El viento se calmó y vino una gran bonanza. Después les dijo: “¿Por qué tienen tanto miedo? ¿Por qué no tienen fe?” Los discípulos se asustaron mucho y se preguntaban unos a otros: “¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?” (Mc 4, 35-41)

Al regresar de la ciudad, muy de mañana, sintió hambre. Divisando una higuera cerca del camino, se acercó pero no encontró sino hojas, y le dijo: “Jamás volverá a dar fruto”. Y al instante se secó la higuera. Al ver esto, los discípulos dijeron maravillados: “¿Cómo se secó de repente la higuera?” Jesús les contestó: “En verdad os digo, si tienen realmente fe y no vacilan, no solamente harán lo que acabo de hacer con la higuera, sino que dirán a ese cerro: Quítate de ahí y échate al mar, y así sucederá. Todo lo que pidan con una oración llena de fe, lo conseguirán”. (Mt 21, 18-22)

97. JESUS TIENE EXPERIENCIA DE DIOS

Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocieran a mí, también conocerían al Padre. En realidad, ya lo conocen y lo han visto.

Felipe le dijo: “Señor muéstranos al Padre y eso nos basta”. Jesús respondió: Hace tanto tiempo que estoy con ustedes y ¿todavía no me conoces, Felipe?

El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo puedes decir: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?

Las palabras que yo les he dicho no vienen de mí mismo. El Padre que está en mí obra por mí. Créanme: Yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí. (Jn 14, 6-11)

98. JESUS NOS MANIFIESTA EL CORAZÓN DE DIOS

Los maestros de la Ley le trajeron una mujer que había sido sorprendida en adulterio. La colocaron en medio y le dijeron: “Maestro, has sorprendido a esta mujer en pleno adulterio. La Ley de Moisés ordena que mujeres con ésta deben morir apedreadas. “Tú, ¿qué dices?” Contestó querían ponerlo en dificultades para poder acusarlo.

Jesús se inclinó y se puso a escribir en el suelo con el dedo. Como le seguían preguntando, se enderezó y dijo: “El que no tenga pecado lance la primera piedra”. Se inclinó de nuevo y siguió escribiendo en el suelo. Y todos se fueron retirando uno a uno, comenzando por los más viejos. Jesús quedó solo con la mujer que seguía de pie en el mismo lugar. Entonces se enderezó y le dijo: “Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado?” Ella contestó: “Ninguno, Señor”. Jesús le dijo: “Yo tampoco te condeno. Vete y no vuelvas a pecar”. (Jn 8, 3-11)

D. CUESTIONARIO

1. ¿Cómo aparecían los milagros de Jesús en comparación con las plagas de Egipto, el paso del Mar Rojo y otros por el estilo?
2. Cuando Jesús habla de la “señal de Jonás” (Lc 11, 29), ¿qué quiere anunciar?
3. Complete la siguiente frase: Cuando Jesús obraba milagros, lo que llamaba la atención no era el _____, sino su _____.
4. ¿Cómo traduce al español la palabra Abba? Y diga a quién la aplicaba Jesús.
5. Complete la frase: “En todo lo que Jesús decía de Dios se sentía algo nuevo y _____: tenía _____ de Dios, lo conocía _____, sacaba de _____ lo que decía”.
6. Dé tres ejemplos de interpretaciones nuevas que Jesús dio a la Ley o a las tradiciones de los judíos.
7. Complete esta frase de Juan 14, 5: “Yo soy el Camino, la _____ y la Vida. Nadie va al _____ sino por _____”

SIGUIENTE CAPITULO DE LA UNIDAD 6: CAPITULO 1: DE GALILEA A JERUSALEN

(Nuevo Testamento)

Comentarios: tufecatolica@aol.com